



<https://ecoplaneta.org/>

Las ideas no son como dulces en un frasco. Nunca se llega al fondo.

LA ABUNDANCIA NUNCA SE ACABA



(*The Spectator*, 2 de Septiembre, 2022) Por Marian L. Tupy | [@HumanProgress](#)

Son las decisiones políticas las que limitan el crecimiento y la libertad.

Hablando a sus ministros en el Palacio del Elíseo a comienzos de septiembre, un *très sérieux* Emmanuel Macron pidió unidad y sacrificio al anunciar el fin de la era de la abundancia debido a un desfile de horrores, que incluye: el calentamiento global, la guerra en Ucrania y los problemas en la cadena de suministros.

“Lo que estamos viviendo actualmente es una especie de punto de inflexión importante o un gran desajuste”, dijo Macron. “Estamos viviendo el final de lo que podría haber parecido una era de abundancia... el final de la abundancia de productos, de tecnologías que parecían siempre disponibles... el final de la abundancia de tierra y materiales, incluida el agua”.

Sin embargo, ¿qué es la abundancia? Es el resultado de la modernidad, un episodio singular en los últimos 300.000 años de historia de nuestra especie que sacaron gradualmente a la humanidad del hambre, la enfermedad, la muerte prematura, la ignorancia y la guerra permanente, hacia una abundancia de alimentos sin precedentes en la historia, triplicar la esperanza de vida, el control o la erradicación completa de una plétora de enfermedades, acercándonos a la alfabetización y la aritmeticación universales, y a 'unos pocos' brotes episódicos de guerra.

El hecho de que la gente de Occidente se sintiera conmocionada por la invasión de Ucrania por parte de Rusia demuestra que nosotros, los modernos, tenemos una mentalidad completamente diferente a la de nuestros antepasados, que esperaban que los ejércitos cruzaran sus fronteras cada primavera. Lo mismo puede decirse de nuestro enfoque de la pandemia de Covid. Los europeos de antaño atribuían las pandemias a la ira de Dios o al paso de Saturno, no a pequeños organismos que podían ser derrotados con vacunas de ARNm.

La modernidad comenzó en los Países Bajos y en el Reino Unido hace unos 300 años, antes de extenderse a gran parte del resto del mundo. Muchos factores prepararon el escenario para esta saludable ruptura con nuestro brutal pasado, incluida la Era de los Descubrimientos y la introducción de los alimentos básicos del Nuevo Mundo en el Continente, la Revolución Científica que elevó la evidencia empírica y la experimentación práctica por encima de la sabiduría de los antiguos o los pronunciamientos de autoridad, la Ilustración que insistió en la primacía de la lógica y la razón, y la Revolución Industrial que aprovechó nuevas fuentes de energía para hacer que la humanidad sea mucho más productiva y enormemente más rica.

El hilo que une diferentes aspectos de la modernidad (tecnología, ciencia, medicina, procesos de producción, etc.) es la noción de "innovación continua". Por supuesto, el hombre siempre innovó (obtuvimos el control del fuego quizás hace 1,7 millones de años, por ejemplo), pero nuestros descubrimientos fueron esporádicos y, a veces, reversibles. Eflorescencias de relativa prosperidad —Me vienen a la mente la Roma de los Antoninos y la China bajo la dinastía Song— surgieron ocasionalmente, pero siempre se desvanecieron, y a menudo les siguieron "edades oscuras". Todo eso cambió en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el mundo occidental se topó con un proceso sostenido de generación, acumulación y puesta en

marcha de nuevos conocimientos. Hemos estado escalando la escalera del progreso humano desde entonces.

El proceso de innovación sostenida está impulsado principalmente por el crecimiento de la población y la libertad. La creación de conocimiento comienza con nuevas ideas que se originan en la mente humana. Más mentes generan más ideas. Son estas ideas las que conducen a nuevos inventos, que luego son probados por las fuerzas del mercado para separar los más valiosos de los menos valiosos. Al final de la prueba de mercado, los humanos se quedan con innovaciones que impulsan la productividad, el crecimiento económico y grandes aumentos en los estándares de vida. Pero las grandes poblaciones no son suficientes para mantener la abundancia. Para innovar, se debe permitir que las personas piensen, hablen, publiquen, se asocien y estén en desacuerdo. Se les debe permitir ahorrar, invertir, comerciar y obtener ganancias. En una palabra, deben ser libres.

El entorno social, entonces, proporciona los incentivos que animan o desalientan a los individuos a manifestar y llevar a la práctica sus ideas. Las personas, que carecen de los mismos derechos legales y enfrentan onerosas cargas regulatorias, impuestos confiscatorios o derechos de propiedad inseguros, no tendrán incentivos para convertir sus ideas en invenciones e innovaciones. Por el contrario, las personas que funcionan en condiciones de igualdad legal, regulación sensata, impuestos moderados y derechos de propiedad seguros, aplicarán sus talentos en su beneficio y, en última instancia, en el de la sociedad.

La modernidad de la prosperidad sucedió porque Europa occidental y sus ramificaciones dejaron de desincentivar la innovación y permitieron a sus ciudadanos lidiar con nuevas ideas sin temor al ostracismo, el encarcelamiento, la mutilación o la muerte. Del mismo modo, permitieron una mayor libertad de inversión y comercio sin temor a la depredación de la nobleza o la mano sofocante de un burócrata del gobierno. Donde Holanda y el Reino Unido fueron pioneros, Estados Unidos los siguió.

Considere un trabajador industrial estadounidense. En relación con sus salarios, el precio del cerdo, el arroz, el cacao, el trigo, el maíz, el café, el cordero y la carne cayeron un 98,4 %, 97,6 %, 97,1 %, 96,7 %, 96,1 %, 93,8 %, 78,6 % y 75,5 % respectivamente entre 1900 y 2018. Eso significa que el mismo período de tiempo que compró 1

libra de cada producto en 1900, compró 62,6, 41,1, 34,8, 30,5, 25,6, 16,2, 4,7 y 4 libras en 2018.

Si bien las personas no pueden comer caucho, aluminio, potasa o algodón, los precios de estos productos básicos son insumos valiosos en los procesos de producción que afectan los precios de los bienes y servicios y, por lo tanto, el nivel de vida general. Sus precios cayeron un 99,4 por ciento, 98,9 por ciento, 98,2 por ciento y 95,8 por ciento, respectivamente. Mientras tanto, la población de los Estados Unidos aumentó de 76 millones a 328 millones.

Cuando el crecimiento de la libertad y el stock acumulado de conocimiento humano se mezclaron con la población del planeta en expansión masiva en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, la abundancia se volvió global. En relación con el ingreso por persona, el precio promedio de los productos básicos más utilizados cayó en promedio un 84 por ciento entre 1960 y 2018.

La abundancia personal del habitante promedio del globo aumentó de 1 a 6,27 o 527%. Dicho de otra manera, por la misma cantidad de tiempo que uno necesitaba trabajar para comprar una unidad de una canasta de recursos en 1960, uno podría obtener más de seis en 2018. Durante ese período de 58 años, la población mundial aumentó de 3 mil millones a 7.6 mil millones. Además, como descubrimos Gale L. Pooley y yo en nuestro libro *Superabundance: The Story of Population Growth, Innovation, and Human Flourishing on an Infinitely Bountiful Planet*, la abundancia de recursos personales aumentó más rápido que la población en los 18 conjuntos de datos que analizamos. Llamamos a esa relación "sobreabundancia". En pocas palabras, en promedio, cada ser humano adicional creó más valor del que consumió.

Según nuestros cálculos, la abundancia se ha duplicado cada 20 años más o menos. Así, un occidental de 60 años ha visto subir su nivel de vida de uno a dos, de dos a cuatro y de cuatro a 8 a lo largo de su vida. ¿Demasiado lento, dices? Esa es la mente moderna hablando. Antes de mediados del siglo XVIII, la vida se mantuvo prácticamente igual durante milenios y nadie pensó que fuera inusual. Generaciones de personas vivieron y murieron sin ver ni experimentar ni la más mínima mejora en sus vidas. Además, las posibilidades de futuras mejoras es inmenso.

Considere el descubrimiento futuro de materiales útiles. La tabla periódica consta de aproximadamente 100 elementos. Bastó una reducida población de habitantes de la Tierra (14 millones en el año 3000 a. C.) para descubrir que la combinación de cobre y estaño podía producir un metal útil que dio su nombre a la Edad del Bronce. Una receta para un compuesto útil de dos elementos requiere hasta 9900 combinaciones (100×99) y un compuesto de cuatro elementos hasta 94.109.400 combinaciones ($100 \times 99 \times 98 \times 97$). Una vez que llegas a los compuestos de 10 elementos, el economista ganador del Premio Nobel Paul Romer escribió: "Hay más recetas que segundos desde que el big bang creó el universo. A medida que avanza, se vuelve obvio que ha habido muy poca gente en la tierra y muy poco tiempo desde que aparecimos, para que hayamos probado más que una fracción minúscula de todas las posibilidades"

El mundo, en otras palabras, es un sistema cerrado en la forma en que un piano es un sistema cerrado. El instrumento tiene solo 88 teclas, pero esas teclas se pueden tocar en una variedad casi infinita de formas. Lo mismo se aplica a nuestro planeta. Los átomos de la Tierra pueden ser fijos, pero las posibles combinaciones de esos átomos son infinitas. El economista estadounidense Thomas Sowell observó una vez que: "Los hombres de las cavernas tenían a su disposición los mismos recursos naturales que tenemos hoy, y la diferencia entre su nivel de vida y el nuestro es una diferencia entre el conocimiento que podían tener para aprovechar esos recursos y el conocimiento que se usa hoy". Lo que importa, entonces, no son los límites físicos de nuestro planeta, sino la libertad humana para experimentar y reimaginar el uso de los recursos que tenemos.

Y ahí es donde Emmanuel Macron vuelve a entrar en escena. A pesar de todo el pesimismo que emana del Elíseo, no hay razones materiales por las que la humanidad deba llegar a experimentar el fin de la abundancia. La escasez actual es en gran parte consecuencia de malas decisiones gubernamentales. Esos incluyen el cierre de la economía global durante casi dos años y sí, un celo ambiental excesivo. O, como señaló recientemente Tyler Cowen, uno de los economistas más respetados de Estados Unidos: "Es difícil considerar la política energética europea como algo más que un gran error no forzado. Tenga en cuenta que los suministros de energía son mucho más importantes de lo que podría sugerir su porcentaje del PIB. La energía es la sangre de la civilización moderna".

Los problemas de Macron son también, muy probablemente, temporales. Muchos lectores británicos de esta excelente publicación recordarán el Invierno del Descontento en 1979, mientras que los lectores en los Estados Unidos sin duda recordarán el discurso “Malaise” del presidente Jimmy Carter del mismo año. Las cosas pintaban mal en ese entonces y reinaba el desánimo. La buena noticia es que los malos políticos pueden ser reemplazados y las malas decisiones gubernamentales pueden revertirse; solo piense en las revoluciones de Reagan y Thatcher de la década de 1980. Y, después de un período de ajuste, la maravillosa máquina creadora de riqueza que es el capitalismo global puede empezar a funcionar de nuevo. Las ideas no son como un jarro de dulces. Nunca llegaremos al fondo y pasaremos hambre. Tampoco hemos perdido nuestro cobre y hierro. Todavía están aquí: cada gramo de estos. Tal como lo habría sabido el hombre de la Edad de Piedra. Mientras el mundo continúe brindando un hogar seguro para las personas libres, ya sea en Gran Bretaña, en Estados Unidos (o en cualquier otro lugar), las vidas humanas producirán cada vez más abundancia.

Marian L. Tupy es miembro principal del Centro para la Libertad y la Prosperidad Global del Instituto Cato y editor de HumanProgress.org.

<https://www.humanprogress.org/abundance-doesnt-end/>